

## Don José Gómez. Semblanza de un maestro.

FELICIDAD RODRÍGUEZ SÁNCHEZ  
(*Académica de Número*)

Excelentísimo Señor Director.  
Excelentísimos e Ilustrísimos Señoras y Señores Académicos.  
Querida familia de don José, Santiago, M<sup>a</sup> Victoria, Encarna y sus muy queridos nietos,  
de los que tan orgulloso estaba  
Señoras y Señores.

Tengo el honor por encargo de la Junta de Gobierno de esta Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras de intervenir en esta Sesión Necrológica en Memoria del Excmo. Dr. el Prof. Don José Gómez Sánchez para glosar su figura.

Encargo que me abruma por la responsabilidad que supone, habiendo tantos doctos Académicos mucho más preparados que yo para expresar el justo y digno elogio que se merece don José. Posiblemente se deba a que he tenido el honor de haberlo tenido como maestro desde que, hace ya 39 años, ingresé en la facultad de Medicina.

Triste encargo, por otra parte, por cuanto representa la pérdida de un excelente Académico que ha ejercido como tal hasta los últimos momentos de su vida y de un Catedrático de Universidad de los que, no sin razón, reconocemos coloquialmente como de los últimos “patas negras”

Y encargo difícil. Porque tan completa, compleja y productiva ha sido su vida, como ingente la manifestación de sus muy ricos matices intelectuales y volitivos. Una vida que podría llenar miles de páginas. Su propia historia, personal y profesional, llena a su vez de historias que realmente forman parte de la memoria de la ciencia española, y más concretamente de la medicina, del siglo XX. Pero también de sus reflexiones y pensamientos; de esos planteamientos, con frecuencia provocadores, con los que nos retaba tan a menudo. O de sus aficiones, tan heterogéneas, como la bibliofilia, la encuadernación, el cine o el alpinismo, para las que, a pesar de ser tan diversas, siempre mostró una profunda aproximación de carácter intelectual. Algo que tuve ocasión de comprobar muchas veces cuando por motivos de trabajo debía desplazarme a París y recorría la rue des Écoles para buscar el encargo que, de manera específica, me había emplazado a localizar en determinado lugar. Encargos que, invariablemente, demostraban su exquisitez intelectual.

Difícil pues, o más bien imposible, tratar de recrear aquí, en el breve lapsus de un discurso, esa vida llena de tan complejos y ricos matices, esa personalidad tan poliédrica y distinguida que caracterizaba a don José.

Todos los que estamos aquí, su familia, sus compañeros, sus alumnos, entre los que me encuentro, tendremos seguramente una visión parcial, más o menos acertada, de don José. Cada uno de nosotros guarda el recuerdo de conversaciones, de anécdotas, de

vivencias compartidas con él. También de lo que don José influyó en nuestras respectivas vidas. Como alumna recién egresada de la carrera recuerdo bien su interés en poner en su sitio esos muebles neuronales que, aún existiendo, no habían encontrado aún el espacio adecuado y la relación armónica entre ellos, aspectos ambos necesarios para desarrollar una vida intelectualmente sana y productiva. Y si, en alguna medida, he logrado ubicar bien esas redes axonales y encontrar el camino para alcanzar alguna vez ese objetivo, ha sido, en gran parte, culpa del empeño de don José.

Pero la suma de todas esas visiones, de esas múltiples imágenes de don José, no alcanza para definir la completa dimensión de su figura. Don José se nos sale siempre del encuadre.

Y puesto que es imposible aprehenderlo por completo, solo nos cabe guardar como un tesoro nuestras respectivas imágenes a sabiendas que todas son incompletas.

Obligado es, sin embargo, que, aún con estas limitaciones, hagamos una semblanza biográfica del Excmo. Sr. Don José Gómez Sánchez, Académico de Número de esta Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras, en la que ocupaba el sillón T desde su ingreso el 12 de octubre de 1984. Una fecha significativa, por la importancia que el concepto de hispanidad tenía para él. Eran frecuentes sus momentos de rebelión contra aquellos que, sistemáticamente, han tratado, tratan, y lamentablemente consiguen, oscurecer, sin justificación alguna, el papel de nuestro país en la civilización americana y del occidente cristiano. Se lamentaba con frecuencia que, nosotros mismos, hayamos logrado que la figura de Magallanes oscureciese la de Juan Sebastián de Elcano o que permitiésemos que Cook brillase sobre Malaspina. Don José se rebelaba contra esa tendencia, que desgraciadamente hoy cobra auge en nuestro país, de ver el descubrimiento y la conquista de América como motivo de vergüenza, cuando, como él mismo escribía, en los Actos Conmemorativos de José Celestino Mutis, “España llevó a América algunas de las mejores cabezas de la Europa ilustrada”. Ese defensor, contra viento y marea, de la hispanidad era el Académico de esta Real Hispanoamericana de la que fue censor desde 1988 hasta hace muy escasos meses, cuando optó por dejar el cargo que hasta los últimos momentos ejerció con ejemplarizante responsabilidad.

Académico de Número, también, de la Real Academia de Medicina y Cirugía, Institución en la que ingresa el 16 de octubre de 1980, presidiéndola durante una legislatura y de la que era, hasta el momento de su fallecimiento, Presidente de Honor, Don José era Catedrático de Histología, Embriología General y Anatomía Patológica de la Universidad de Cádiz, universidad de la que ha sido Profesor Emérito Honorario con carácter vitalicio desde el momento de su jubilación. Colegial de Honor del Colegio Mayor Beato Diego, estaba en posesión de la Cruz al Mérito Naval con distintivo blanco y, entre otras, de la Medalla de Honor del Instituto de Academias de Andalucía. Podría tener, también merecidamente, la de Alfonso X el Sabio y si no es así es solo porque los que estábamos en situación de haber insistido en su concesión no hemos tenido la capacidad, o quizás, la suficiente influencia para ello. Pero a tenor de la nómina de los últimos condecorados, don José hubiese ocupado un lugar de los más brillantes en la histórica relación.

El Excmo. Sr. Don José Gómez nació en Barcelona, el 9 de enero de 1921. Un catalán de nacimiento, que se sentía profundamente español. Estudia el Bachillerato y la carrera

de Medicina en Valencia, donde se licenció con Premio Extraordinario en 1944. Unos estudios que, interrumpidos prácticamente en sus inicios por la Guerra Civil, retoma con determinación, logrando con su empeño característico superar en menos tiempo del normalmente establecido. Don José lo tenía muy claro. Iba a ser médico e iba a despuntar en la vida académica y profesional. “Un hombre que sabía siempre lo que quería”, como lo describe con admiración en sus propias memorias el pionero de los trasplantes en nuestro país, Diego Figuera. Y para conseguir lo que quería usaba sin descanso su mejor herramienta, su capacidad intelectual siempre alerta y vigilante. Decía Franklin que *“la llave que se usa a menudo, se conserva luciente como la plata; no usándola se llena de herrumbre. Así sucede a nuestro entendimiento”*. Don José siguió esa máxima toda su vida. Hace escasas fechas que cumplió 95 años y hasta el último momento no permitió que su entendimiento se enmoheciera.

En 1947, se doctora en la Universidad Central con Sobresaliente Cum Laude y es aquí, en Madrid, donde desarrolla la primera etapa de su vida académica y profesional, en el Hospital Clínico de san Carlos, la Universidad Complutense y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ocupando los cargos de Colaborador Científico del CSIC (1950-1970), Ayudante de Clases Prácticas y, posteriormente, los de Profesor Adjunto (1961-1967) y Profesor Agregado de Histología de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense (1971-1974). Puestos todos ellos, como le gustaba recordar, obtenidos por oposición y en buena lid. Porque en toda trayectoria nunca se observaron circunstancias extrañas, peculiares e inexplicables, hechos que, con esas mismas palabras, don José lamentaba haber observado, y seguir observando, con cierta frecuencia en determinados ámbitos universitarios. Es en esa etapa madrileña cuando don José tiene como maestros directos a grandes figuras de la Medicina española, Fernando de Castro y Juan Manuel Ortíz Picón, discípulos a su vez de nuestro Nobel, Cajal, y del gran histólogo Río Ortega. Es también la época en la que Don José pasa a formar parte de la historia de la anatomía patológica española, impulsando en nuestro país la aplicación de las biopsias intraoperatorias y, por tanto, el desarrollo de la Anatomía Patológica de eminente aplicación clínica. El mismo, con mucha frecuencia, y expresando un fino sentido del humor, solía decir que el desempeño profesional de patólogo marcaba carácter, un carácter en cierto modo mordaz que implicaba el riesgo de levantar suspicacias en otros diversos ambientes. No se realmente si esa afirmación de don José se ajustaba a la verdad o, si en ella, también influía ese carácter provocador que tanto le gustaba alimentar. De cualquier manera, siempre aseguraba que el ejercicio clínico de la Anatomía patológica, había sido una escuela impagable para ejercer como corresponde las tareas de Censor en esta Real Academia.

Dos mujeres marcaron su vida, la madre de sus dos hijos y Lina, su segunda esposa, con la que llega a Cádiz en 1974 para quedarse aquí definitivamente. En ese momento toma el mando, y nunca mejor dicho, de la Cátedra de Histología y de Anatomía Patológica que ocupará hasta su jubilación en 1987. Solía decir, con su ironía característica, que cuando consiguió la Cátedra, los Catedráticos eran algo así como la variedad superior del Homo sapiens pero, aplicando la ley del péndulo y con las sucesivas innovaciones, habían pasado a ser funcionarios con vinculación permanente, un término nada afortunado para su concepto de la estética verbal.

Es en este segundo período, el gaditano, de más de 40 años, en el que Don José crea Escuela, algo fundamental en su concepción universitaria. Cuando llega como Catedrático a nuestra Facultad de Medicina impone su huella desde el primer momento.

Al tiempo que aplica su experiencia en el antiguo Hospital de Mora, ocupa la Jefatura del Departamento de Anatomía Patológica, donde inicia con sus primeros alumnos colaboradores esa semilla que ya es una realidad en el campo de la Histología española e hispanoamericana. Sus discípulos son hoy Catedráticos y Jefes de Servicios representando la prueba más palpable de una Escuela en plena ebullición. ¡Misión cumplida, Don José!

Al poco de llegar a Cádiz, ocupa el puesto de vicedecano (1975-78) y de Decano (1978-1983), período que coincide precisamente con la época de mis estudios de Medicina. Además de tenerlo como profesor, él fue el Decano de mi época estudiantil. La imagen que tengo de esa época de Don José se refleja muy bien en el cuadro dispuesto en la galería de Decanos de la Facultad de Medicina. Una imagen señorial, con un toque irónico, y un pequeño punto de vanidad muy bien justificada. Porque si había algo que no soportaba Don José era la vulgaridad, en cualquiera de sus manifestaciones. Su sentido de la estética era proverbial y no perdonaba manifestaciones que atentaran contra aquella; era una cuestión de respeto hacia los demás y hacia uno mismo.

Su jubilación, en 1987, no supuso de ninguna manera su retirada. Su vida académica siguió tan viva como siempre, como profesor emérito y como Académico, tanto de la Real Academia de Medicina como de esta Real Academia Hispano Americana. Siempre en esa primera fila. Y todo ello sin descuidar sus aficiones y de seguir ejerciendo su magisterio que iba mucho más allá de la Histología y de la Anatomía Patológica. Don José me descubrió los retratos psicológicos a través del Fouché de Stefan Sweig y del Amiel o el Tiberio de Marañón. A Don José también le debo haber descubierto a Lovecraft o mi primera reproducción de las láminas más significativas del *Humani Corporis Fabrica* de Vesalio. Y todo ello puede dar una idea de la amplitud de sus intereses que nunca dejó de cultivar.

Su trabajo en la Academia es una buena muestra de esa vivacidad que nunca le abandonó en sus 95 años. Una vida marcada por la libertad de pensamiento y de expresión, libertad que consideraba uno de los más ricos tesoros que proteger. En el Montaigne de Stefan Sweig, uno de sus autores favoritos, se lee: “Una de las misteriosas leyes de la vida es que descubrimos siempre tarde sus auténticos y más esenciales valores: la..... y la libertad, esa esencia preciosísima de nuestra alma, solo cuando está a punto de sernos arrebatada o ya nos ha sido arrebatada”. Perspicaz y adelantado, como siempre, don José no solo no permitió que su libertad se viera si quiera amenazada sino que, también, haciendo suyas las palabras de Sweig, nos alertaba continuamente contra ese peligro que, posiblemente, hoy nos acecha de manera preocupante. Otro motivo más para que tengamos siempre presente su figura.

Sin duda estamos pasando por unos momentos tristes, marcados por la pena que nos produce su fallecimiento. Pero, de alguna manera, tendríamos que reflexionar sobre lo afortunados que hemos sido al poder disfrutar de él, y de toda su lucidez, hasta sus últimos momentos. Y recordar que ha sido todo un lujo el haber compartido tantos momentos con un excelente Maestro, un magnífico Académico y una persona tan especial y única como Don José Gómez Sánchez. Podría seguir glosando su figura pero creo que, desde allá donde seguro está, no me lo permitiría. Sin duda, desde esa primera fila, me diría, “Doctora, en cuanto al tiempo, no sobrepase el límite de lo razonable”.

He dicho

